

LAS HIJAS DEL MAR



Rafael González Millán

Doce Calles

Rafael González Millán

LAS HIJAS DEL MAR

EDICIONES DOCE CALLES

ÍNDICE

| | |
|--|-----|
| Prólogo..... | 13 |
| 1. Jueves 21 de mayo de 2009: EL REGRESO..... | 15 |
| 2. Jueves 21 de mayo de 2009: LA HABITACIÓN 113..... | 21 |
| 3. Viernes 22 de mayo de 2009: COMIENZA LA BÚSQUEDA | 30 |
| 4. Viernes 22 de mayo de 2009: LA HISTORIA DE SOFÍA . | 38 |
| 5. Viernes 22 de mayo de 2009: LA CASA DEL MÉDICO. . | 46 |
| 6. Viernes 22 y sábado 23 de mayo de 2009: CONFUSIÓN . | 54 |
| 7. Sábado 23 de mayo de 2009: CONFESIONES..... | 63 |
| 8. Sábado 23 de mayo de 2009: SORPRESA..... | 72 |
| 9. Domingo 24 de mayo de 2009: LA VIDA DE MARÍA CRISTINA DE MONTEAGUDO..... | 79 |
| 10. Domingo 24 de mayo de 2009: EL SECRETO DE MA- RÍA CRISTINA DE MONTEAGUDO..... | 93 |
| 11. Domingo 24 de mayo de 2009: LA HISTORIA SE REPITE | 103 |
| 12. Lunes 25 de mayo de 2009: OTRAS LÍNEAS DE INVE- STIGACIÓN..... | 113 |
| 13. Lunes 25 de mayo de 2009: CONTINÚAN LAS INVE- STIGACIONES..... | 122 |
| 14. Lunes 25 de mayo de 2009: TODO SE ENREDA MÁS . | 129 |
| 15. Martes 26 de mayo de 2009: EL SECRETO SE VA DES- VELANDO..... | 140 |
| 16. Martes 26 de mayo de 2009: LA HISTORIA DE MARÍA CRISTINA EN EL NORTE..... | 148 |
| 17. Miércoles 27 y jueves 28 de mayo de 2009: UN ESCO- LLO EN LA INVESTIGACIÓN..... | 162 |
| 18. Jueves 28 de mayo de 2009: LOS SECRETOS DEL DOCTOR | 176 |
| 19. Jueves 28 y viernes 29 de mayo de 2009: LOS SECRETOS DEL DOCTOR 2..... | 185 |
| 20. Viernes 29 de mayo de 2009: SORPRESA FINAL..... | 197 |
| Domingo 29 de mayo de 2011: EPÍLOGO..... | 209 |
| Agradecimientos..... | 217 |

LAS HIJAS DEL MAR

1. JUEVES 21 DE MAYO DE 2009: EL REGRESO

Por fin dejé atrás el pueblo para tomar la estrecha carretera que me llevaría hasta el hotel. Por el retrovisor veía alejarse las calles empinadas, con sobrias casas que parecían precipitarse hacia el mar. No me preocupé de visitar a fondo la singular villa de la costa cantábrica durante mi estancia de hacía ya seis años. En alguna ocasión acompañé a Tania en aquellos días tan felices en que toda mi atención era solo para ella.

Por la sinuosa y estrecha carretera, conducía un pequeño utilitario blanco. Lo había alquilado nada más aterrizar en el aeropuerto, tras pasar una larga temporada en la costa toscana, en el pueblo de mis antepasados italianos. Tenía prisa por llegar al reabierto Hotel Atlántico, y no quería depender del transporte público de la región. Ni siquiera me detuve en la terminal para comer algo. Mi desayuno en Italia había consistido en una mera taza de café, a pesar de que tenía por delante un largo viaje con escala en Madrid, para tomar un vuelo doméstico que me llevaría al norte de España.

Aunque el mes de mayo estaba muy avanzado, el día era brumoso a primera hora de la tarde. Me fijé en ese mar tan profundo de la zona, de un verde oscuro, y con un bramar lejano que parecía anular las voluntades. Bajé del todo mi ventanilla para que penetrara en mi pecho el olor denso a humedad, a marisco y a algas. Recordé que ella también exhalaba una fragancia parecida, como si siempre hubiese venido de darse un baño en la playa. El recuerdo intenso me distrajo unos segundos y me obligó a frenar con fuerza en una curva para no salirme del asfalto. El hotel quedaba a unos

kilómetros del pueblo en una costa muy recortada, que me exigía bajar la velocidad.

Tras otra curva muy cerrada, la perspectiva me dejó ver de nuevo el pequeño pueblo pesquero. Solo apreciaba movimiento de personas y vehículos en el puerto. Algunas embarcaciones estaban amarradas, otras se disponían a atracar, y algún otro barco se avistaba a lo lejos.

Lo que en verdad me impresionaba eran las altas montañas que flanqueaban aquel tramo de costa. Estaban pintadas de un verde intenso, gracias a la proliferación de espesos bosques y abundantes pastos, donde no era nada difícil ver al ganado vacuno. Me dije que en algo se parecía al pueblo toscano de mis ancestros, pero en el paisaje que entonces observaba, la naturaleza era excesiva, brutal y a la vez hechicera.

Cuando más absorto estaba en la contemplación, sentí un fuerte impacto en el vehículo y otra vez me vi obligado a frenar en seco. De pie en la carretera, me fijé en un animal inerte a un lado de la calzada. Se trataba de un perro. Todavía su cuerpo se convulsionaba en la agonía, y al momento los suaves movimientos espasmódicos cesaron. Me sentí obligado a retirarlo fuera del asfalto, mientras sentía que me encogía por dentro y un mal presagio me invadió.

De nuevo emprendí la marcha por aquella ruta oscilante. Tenía unos deseos inmensos de llegar, y a la vez me daba miedo, mucho miedo. Sabía que no tenía otra elección, solo allí podría encontrar la verdad sobre lo que le ocurrió a Tania, por qué la perdí de aquella manera tan estúpida y hasta qué punto fui el culpable.

Hasta hacía seis años había gozado de gran prestigio como escritor. Mis novelas encabezaban las listas de ventas, y eran traducidas a las lenguas más importantes y vendidas en los grandes mercados internacionales. Siempre me retiraba a lugares recónditos cuando iba a terminar una de mis obras. Fue así como llegué a conocer el Hotel Atlántico, en aquel paraje del norte de España. A Ana, mi mujer, no le importaban las escapadas para que yo termi-

nara mis novelas, solo me pedía que volviera pronto porque las dos niñas y ella me echarían mucho de menos.

Mientras conducía el automóvil camino del hotel, las escenas de mi vida pasaban veloces por la memoria, tanto como el paisaje abrupto que, veloz, se difuminaba en dirección contraria. Y recordé mi verdadero pueblo, el que me vio nacer en Andalucía, a orillas de la desembocadura del río Guadalquivir y frente a los pinares y marismas del Parque Nacional de Doñana. Mi apellido es italiano, porque italianos eran mis antepasados que en el siglo XVI dejaron su tierra toscana para instalarse en un lugar de prosperidad gracias al comercio con el Nuevo Mundo. Mi familia se convirtió en una de las casas más importantes de cargadores de indias, y durante siglos todos los descendientes gozaron de reputación y riqueza, hasta mi adolescencia, cuando quedamos despojados de casi todo.

Mientras recordaba aquel día en que salí por última vez de la gran casa del Barrio Alto, crucé con el coche el viejo puente de madera. Sabía que el hotel estaba tras la última curva. Tuve que esforzarme mucho para recuperar el prestigio perdido de mi familia. Fue lo que me prometí a mí mismo cuando me vi en la calle, camino de una casa mucho más modesta. También juré que haría lo imposible para recuperar el hogar de la infancia y la de mis antepasados ilustres. El desastre tuvo lugar con la llegada de la democracia, un tiempo de promesas y esperanzas para todos, menos para mi familia. Para mí solo vinieron años de esfuerzo titánico en busca de mi objetivo.

Con esos últimos pensamientos, giré a la derecha y fue cuando me enfrenté a poca distancia con la majestuosa fachada del Hotel Atlántico. Ya no había vuelta atrás, mi corazón pugnaba por salirse del pecho pero estaba decidido a terminar con la pesadilla que me perseguía desde hacía años.

Era un edificio de tres plantas y otra más abuhardillada, con una arquitectura de finales del siglo XIX o principios del XX. Lo rodeaba una vegetación frondosa, y una pendiente suave lo comunicaba con una playa de arenas blanquecinas. Se trataba de una cala

que extendía una de sus orillas hasta un acantilado, erguido tras una curva que lo enfrentaba a un mar abierto y profundo.

Allí la conocí hacía seis años. Ella paseaba por la orilla. Sus ojos verdes me mostraron el fondo del mar, donde quedé sumergido sin posibilidad de salir a la superficie de la vida que había tenido hasta entonces.

—¿Eres el escritor? —me preguntó con sus labios carnosos en una boca sensual que me hipnotizó—. Soy Tania. Mi madre es María Cristina, la dueña del hotel. Me ha comentado que eres un escritor famoso.

Yo estaba extasiado ante su belleza. Su pelo negro y largo ondulante, los ojos de mar, un rostro dulce y un cuerpo esbelto con curvas que lo hacían voluptuoso, con la brisa dibujándola sobre la arena. Era una imagen onírica, y supe que mi vida quedaría amarrada a la suya.

—Lo siento mucho, estaba distraído con mis pensamientos. Sí, creo que soy escritor.

—Mi madre me ha dejado tu último libro publicado. Me gusta mucho, pero no estoy de acuerdo con el final triste. Me tienes que prometer que el próximo tendrá un final feliz. ¡Podría transcurrir aquí la nueva historia y hasta nosotros ser los personajes! —dijo con mirada infantil pero cautivadora.

—¿Por qué no? Pero me tendrás que enseñar todo esto y contar historias sobre vosotras y los clientes del hotel.

Con la impresión que me dejó su belleza inocente, fue del todo imposible imaginar que su petición se haría realidad, aunque sería por una razón trágica.

Pronto noté que doña María Cristina de Monteagudo, su madre, nos acechaba en cuanto estábamos juntos. Muchas veces no la veía, pero sabía que estaba allí, oculta en algún sitio.

—Ella jamás te podrá pertenecer, ni a ti ni a nadie —me dijo de forma enigmática en un momento en el que me encontró a solas—. Si la quieres de verdad, tienes que dejarla en paz y abandonar este hotel para no volver nunca.

Pero era tan grande mi amor por Tania, que ignoré las advertencias y los miedos inconfesables. Nunca pude perdonarme mi cobardía. No fui capaz de enfrentarme al mundo para declarar mi amor. Tampoco asumí que no pudiera protegerla del destino. Nadie me echó la culpa de nada, y volví a los brazos de mi mujer y a las caricias de mis niñas. Mantuve el prestigio de ilustre escritor intacto. A pesar de ello, no tardaría mucho en llegar el divorcio. Nada podía reprochar a Ana, solo tenía agradecimientos para mi mujer desde que la conocí en la universidad. La separación de las niñas me llenaba de congoja, pero sabía que no había otra solución que la ruptura.

Fui incapaz de escribir a partir de entonces. Mi creatividad había muerto. Andaba de un lugar a otro, sin rumbo claro para mi vida. Intentaba cobijarme en nuevas historias, pero era en vano. Borraba una y otra vez las páginas que iniciaba en la pantalla del ordenador. Al final decidí cerrar el portátil para no abrirlo más.

Pensé que una solución podía ser ir a conocer el pueblo toscano de mis antepasados de hacía siglos. Era un conglomerado de casitas blancas que serpenteaban a lo largo de la playa, como si huyeran de altas montañas que se precipitaban hacia la costa, bordadas de pinos.

Aquella tierra era el origen de mi familia Monterrosso, y había creído que allí recuperaría la capacidad creativa. Pero la belleza del paisaje de mis ancestros no fue en absoluto suficiente para calmar mi alma apesadumbrada, y tampoco pude escribir por mucho que lo intentara.

Lo único que consiguió despertar de nuevo todos mis instintos fue la noticia que leí en internet, dos meses después de mi llegada, sobre la inminente reapertura del Hotel Atlántico. Y algo muy poderoso me obligó a realizar la reserva.

Aparqué el coche en la explanada de acceso al hotel. La tarde mostraba los colores y olores de finales de mayo, en un entorno que inundaba todos los sentidos.

El establecimiento estuvo abandonado durante años. La fachada exhibía algunos desconchones. También observé ventanas

desvencijadas. Salí del vehículo para adentrarme en el jardín. A mi paso crujían ramas secas. Busqué sin encontrarlos los rosales que guardaba en mi memoria. No salía agua de la gran fuente central, la que había llenado de música fresca el sendero de la playa. A Neptuno le faltaba el tridente y otras estatuas estaban irreconocibles. Al girarme para volver al coche, una figura siniestra se interpuso en mi camino. No me gustaron nada aquellos ojos negros amenazantes en un rostro inexpresivo. Portaba utensilios de jardinería, pero no me pareció que fuera un operario normal. Pasé de largo sin que obtuviera respuesta a mi saludo y aligeré el paso para borrar la mala impresión.

Lejos de sentirme defraudado por el estado de las instalaciones, supe de inmediato que necesitaba estar allí. Alejandro, el gerente y nuevo propietario del hotel, me pareció muy agradable. Debía de ser algo mayor que yo, ya mostraba algunas canas que blanqueaban las sienes. Me presentó a Sofía, que era una especie de gobernanta, como él me explicó. Tenía el pelo cobrizo, un rostro ovalado y melancólico, y una madurez que no le evitaba insinuar un cuerpo muy sensual, que acrecentaba mordiendo su labio inferior.

—Señor Monterosso, es un honor para nosotros contar con usted en nuestro establecimiento. Sentimos que el hotel no esté totalmente reformado, hacemos lo posible para que en breve recupere todo su esplendor —dijo Alejandro tras las presentaciones—. Procuraremos que se encuentre cómodo y que satisfaga sus expectativas.

—No se preocupe por mí, el emplazamiento es ideal y no necesito mucho para encontrarme cómodo. Perdome mi curiosidad, me comentó antes que hace poco tiempo se decidió a comprar este hotel, ¿venía usted de gestionar otro negocio de este tipo?

—No, he sido durante muchos años capitán mercante y he visto con su compra una gran oportunidad para asentarme en un lugar. Además cuento con la inestimable ayuda de mi colega y amiga Sofía. Y usted, ¿ya estuvo antes alojado aquí?

—No, ¿por qué lo dice?

—Como ha pedido a nuestra recepcionista la habitación 113...

—Es solo que me gusta ese número.

No pude evitar quedarme clavado al suelo al girarme hacia la escalera y ver en la pared el retrato de aquella mujer que tantos enigmas guardaba sobre su vida. Su imagen era de gran hermosura, con un vestido y unas joyas que le daban la apariencia de una gran señora de otra época. Sus ojos grandes y verdes parecían tener vida, y penetraron en mi alma para mortificarme.

—Es doña María Cristina de Monteagudo, la anterior propietaria del hotel —me dijo Sofía a mis espaldas—. Tenía gran fama en la región, pero nadie sabe dónde está desde que se fue de aquí hace unos años. Ni siquiera el representante en la venta parecía saber nada. ¿Usted llegó a conocerla por casualidad? Se lo pregunto porque parece que le ha impresionado el retrato.

—No, no, es que pensé por un momento que se me había olvidado una cosa —respondí nervioso para salir del trance—. Puedo ir solo, seguro que encontraré la habitación.

2. JUEVES 21 DE MAYO DE 2009: LA HABITACIÓN 113

Subí con precipitación las escaleras. La imagen de María Cristina se quedó adherida en mi mente, y era como una presencia que me acompañaba en cada paso. Tras el primer tramo de peldaños, la escalera que se bifurcaba a izquierda y a derecha, enmarcaba una gran vidriera policromada y confería al espacio un aspecto hermoso y onírico.

Esa escena y el bello rostro de María Cristina me trajeron sensaciones y recuerdos de hacía seis años que necesitaba saborear. No me importaba saber que me observaban desde el hall. Era un momento que quería vivir antes de girar hacia la izquierda para ganar la primera planta y dirigirme a la habitación 113. Retuve la llave en mi mano derecha. Siempre me han gustado las de tipo antiguo: grandes y con un llavero pesado. Dudé unos instantes y me decidí a introducirla en la cerradura.

Las Hijas del Mar es una historia trepidante en la que Lucca, su protagonista, quien había conseguido el objetivo de ser un famoso escritor, se ve obligado a volver atrás y enfrentarse a todos los fantasmas del pasado que no han dejado de perseguirle.

Para alcanzar el éxito profesional, Lucca renunció a sus valores y principios éticos, dejando mucho daño en personas que lo quisieron bien. Una doble historia de amor le hará desandar sus pasos y lo pondrán a prueba en cuanto a sus firmes convicciones materialistas.

Regresa tras seis años de autoexilio al hotel donde vivió su mayor historia de amor. Durante su anterior estancia conoce a Tania, una enigmática, inocente y dulce mujer de la que se enamora profundamente. Ella muere de forma extraña y rodeada de gran misterio. Lucca desaparece del lugar y ahora vuelve para conocer la verdad. Así se verá inmerso en experiencias extrasensoriales que provocarán un fuerte impacto en su arquitectura existencial.

Estamos ante una novela en la que se muestran personajes de gran atractivo vital. Las historias de cada uno de ellos se entremezclan para crear una atmósfera que atrapa al lector y le hace dudar, como al protagonista, sobre qué es real y qué es sobrenatural, dudas que no se disiparán hasta la última línea de la obra, y tal vez ni siquiera entonces.

ISBN-13: 978-84-9744-424-8



9 788497 444248